

SEVERINO SALAZAR, QUE CON CATEDRALES CONSTRUÍA PÁRRAFOS

Alejandra Herrera*

Resumen

Es un texto homenaje al escritor zacatecano Severino Salazar, quien fuera profesor del Área de Literatura de la UAM-A. Se trata del testimonio de la amistad entre este escritor y la autora del texto y, paralelamente, se recorren sus obras, siguiendo la cronología de su publicación. A siete años de su desaparición, la literatura y sus amigos lo siguen echando de menos.

Abstract

It is a homage-text to this author native of Zacatecas, professor of the Literature Area at UAM-A. It is about a testimony of the friendship between the writer and the author of this text and, at the same time, his work is revised following the chronology of their appearance. There have been seven years of his decease and literature, and his friends, still miss him.

Palabras clave/ Key words: catedral, novela, historia, Zacatecas, centro / cathedrals, novel, story, Zacatecas, downtown.

Conocí a Severino Salazar en 1985, un año después de que llegué a la UAM-A como profesor de inglés. Los dos estábamos en el Departamento de Humanidades, él en Lenguas Extranjeras y yo, en el Área de Historia. En aquel año yo publiqué la transcripción de un proceso inquisitorial del siglo XVIII, y éste fue el pretexto que nos acercó. A él también le interesaba el tema, pero nunca me dijo que fuese escritor ni que había ganado el Premio Juan Rulfo, 1984, para primera novela por *Donde deben estar las catedrales*. Eso lo supe después.

* Profesora del Departamento de Humanidades.

En 1989 me regaló una noveleta, *Llorar frente al espejo*, que apareció en la colección Libros del laberinto, 11 de nuestra universidad. Quedé seducida por su habilidad para contar y por la historia que se refería a un proceso inquisitorial del siglo XVI, que se seguía contra las hijas del Corregidor de Zacatecas. Por cierto, esta noveleta, después, fue traducida al italiano y publicada en Padova, Italia, en una hermosa edición, el título, *Piangendo davanti allo specchio* resalta en la cubierta.

Así comenzó nuestra amistad, con mi admiración y su humildad. Nunca hacía alarde de su obra ni de sus reconocimientos. A veces coincidíamos en reuniones del Departamento o presentaciones de libros, a mí me encantaba platicar con él, pues además de ser un gran conversador tenía un sentido del humor agudo e inteligente, siempre había risa a su alrededor, incluso, si él no estaba, nos reíamos recordando alguna de sus puntadas.

Cuando terminé de leer *Llorar frente al espejo*, busqué de inmediato su primera novela, la premiada, pero era difícil conseguirla. Se lo dije y generosamente me la regaló. Leí *Donde deben estar las catedrales* en un fin de semana, me acuerdo bien. No quería hacer otra cosa más que leer. Quedé atrapada en la fachada de la catedral de Zacatecas, que en aquellos años no conocía; en el caracol de Chenchó, en las redes de las enigmáticas historias. La novela me maravilló por su particular estructura y su lenguaje, por el tema y la intensidad de cada frase. Hay una mezcla de filosofía, religión y vida cotidiana que sacude a los lectores por el drama existencial que atraviesan los personajes.

Ahora que veo a distancia, pienso que todas las preocupaciones vitales, que aparecieron en las siguientes obras de Severino Salazar, se inician y se condensan en esa novela: el estado de Zacatecas, su capital, Tepetongo y otros pueblos serán el escenario recorrido y atravesado por los personajes; la necesidad humana de contar y escuchar historias; la pregunta casi siempre incontestable por el sentido de la vida, liga a la literatura de Salazar con la religión y la filosofía; la transgresión de las normas sociales y morales es otro asunto frecuentemente abordado en sus textos, de ahí que algunos personajes tengan un carácter de excepción; la búsqueda existencial como una necesidad apremiante siempre será una aventura inútil, cuya única razón de ser es la propia búsqueda. La imposibilidad del amor y el absurdo provocado por la extrañeza que genera el mundo a un sujeto, también son temas constantes en la narrativa salazariana.

Al principio de la década de los noventa, Severino y yo ya éramos amigos más cercanos, las conversaciones se alargaban frente a tazas de café, cervezas o anises. Así fue como descubrimos que habíamos coincidido un par de años en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, mientras él estudiaba Letras Inglesas y yo, la carrera de Filosofía. Lo extraño es que nunca nos vimos. Por más que busqué en mis recuerdos, no encontraba ninguno de él en la Facultad.

La obra de Severino avanzaba, en 1989 también publicó *El mundo es un lugar extraño* en una coedición de la UAM con Leega editores. El ambiente zacatecano, desde luego, es nostálgicamente provinciano, y el tema es encontrarle el sentido a este extraño mundo. A esta novela siguió otra titulada *Desiertos intactos*, publicada también por la UAM y Leega en 1990, el tema es histórico y refiere la vida, de un anacoreta llamado Gregorio López, cuyo origen, según los archivos consultados por Severino era hijo ilegítimo de Felipe II. En los procesos inquisitoriales que yo leí, frecuentemente era mencionado por fundar en la Nueva España la secta de los alumbrados, perseguida por el Santo Tribunal.

Una vez hicimos un viaje a Zacatecas y Seve, como le llamamos tantos que lo quisimos, nos llevó a una ermita situada en el camino de Zacatecas a Tepetongo, ahí en pleno desierto, donde está una pequeña iglesia, en la que hay un retrato del anacoreta. Así era mi amigo Seve, le encantaba indagar todo lo que se relacionaba con el texto que estaba escribiendo.

Un día le pregunté que por qué casi siempre el espacio de sus obras era Zacatecas. Me contestó que esa fue una enseñanza que le dejó su estancia en Swansea, País de Gales, donde estudió una maestría en Literatura Inglesa Contemporánea, a la mitad de los años setenta. Me contaba que ahí, leyendo a varios autores, aprendió que un escritor debe escribir sobre su provincia, no por otra cosa, sino porque es el espacio que naturalmente conoce.

Severino Salazar nació en 1947, en Tepetongo, Zacatecas, un pueblo situado a una hora de la capital de este estado. Precisamente es este pueblo el escenario principal de las dos historias que se narran en *Donde deben estar las catedrales*. La geografía zacatecana también aparece en algunos cuentos de *Las aguas derramadas*, libro, publicado en 1986 por la Universidad Veracruzana. También la catedral zacatecana aparece en casi todos sus textos como si fuese un símbolo de identidad. Es relevante mencionar que las descripciones de estos lugares son hondamente poéticas, pues los lugares también tienen que hablar, cooperar para contar la historia. Por cierto,

en este libro aparece un cuento, “No hay muerte mayor”, que me impresionó, no sólo por la historia misma, sino por la fuerza de sus imágenes. Le conté a Severino mis impresiones y me dijo que pensaba que ese cuento daba para una novela. Y así ocurrió, el suplemento cultural del periódico *El Nacional*, la publicó por entregas con el título *Dicho con Rosas*, pues el primero fue *Histeria floribunda*. A mediados del 2004, Severino presentó la última versión de esta novela, publicada por Plaza y Janés, con el título, *El imperio de las flores*, la historia de Paulina Zúñiga, una joven maestra. Fue la última novela publicada en vida de su autor, la crítica especializada la acogió muy bien por el lirismo del lenguaje y el tema, la soledad del individuo y la imposibilidad de la entrega amorosa.

Otro rasgo muy propio de Seve fue su compromiso con la Universidad, su trabajo en Lenguas Extranjeras no se redujo a impartir sólo sus clases; era activo en todos los aspectos docentes: elaboración de programas, de exámenes, ejercicios, material didáctico. El alumno que llegaba a su cubículo era siempre bien recibido. Debido a su trabajo de escritor se adscribió al Área de Literatura. En 1990 estuvo en la terna para jefe del Departamento de Humanidades, no ganó la jefatura, pero esto no impidió que siguiera cooperando con el Departamento, los miembros de su Área lo eligieron como jefe. El carácter de Severino, su brillante sentido del humor, hacía que la tensión disminuyera en las reuniones de Área o del Departamento. Si un maestro daba a leer a sus alumnos un texto suyo, cuando lo invitaba a conversar con sus alumnos sobre su trabajo de escritor, no había pretexto que le impidiese hacerlo. Mientras tanto, su producción literaria seguía avanzando y él se sentía muy agradecido con la institución porque le permitía realizar su obra.

La arquera loca apareció en 1993, otra noveleta publicada por la UAM-A en la colección Los libros del laberinto. A mí me parece que el cuento, “Las vasijas”, aparecido en *La Jornada Semanal*, en 1991, cuyo tema se refiere a lo relativo de los conceptos “bueno” y “malo”, es un antecedente de esta noveleta. Otro antecedente está en una anécdota que le ocurrió a Severino con Juan José Arreola, su maestro. Un día me platicó que él pasaba por el célebre escritor a una calle de la colonia Cuauhtémoc para ir a la UNAM, en donde Severino cursaba un seminario con él. Tomaban la avenida de los Insurgentes hacia el sur, y, en una ocasión, al pasar frente al cine Las Américas, Arreola se asomó por la ventanilla del coche y le gritó a la gente que hacía cola para entrar: “A qué van al cine, mejor vivan sus vidas, bola de güevones.” A Severino le divirtió la puntada de su maestro y

le rondó varios días en las entendederas y se preguntó: ¿por qué nos gustan las historias?, ¿qué tiene de fascinante la vida y destino de los otros?, ¿qué hay en ello?, ¿qué necesidad satisfacen? Y éste es uno de los temas que aparecen en dicha noveleta, ubicada en el siglo XVI, en una venta de Zacatecas, a donde llegaban los viajeros y se contaban historias. El género epistolar también aparece en *La arquera loca* y las cartas también son pedazos de vidas, de historias.

Ya para entonces, Seve era un entrañable amigo mío, poco a poco, de la literatura pasamos a contarnos nuestras vidas, nuestros anhelos, intereses, frustraciones, nuestras intimidades; hacíamos, pues, lo que él llamaba un estriptis de alma; pero eso sí, siempre nos reíamos. Además coincidíamos en la UNAM, en algunos cursos de la maestría en Letras Mexicanas, que los dos estudiamos. Hacía tiempo que me dejaba leer sus borradores, lo cual significaba para mí un verdadero honor.

1995 fue un año difícil para Seve. Dos cosas tambalearon su existencia: la muerte de su entrañable amigo, Jorge López Medel; y, al final de ese año, la muerte de su querida hermana Emilia. ¿Cómo seguir, me preguntaba yo, con esas pérdidas irreparables?, ¿cómo? Su disciplina le ayudó a levantarse, la escritura y la lectura. Leía sin tregua: biografías, novelas, ensayos. Con particular interés leía las publicaciones de sus colegas y amigos de la UAM, no sólo se trataba de libros, sino también, de principio a fin, leía las revistas de nuestro departamento, *Fuentes Humanísticas* y *Tema y Variaciones de Literatura*, en las que también colaboraba. De esta última coordinamos dos números, uno dedicado a la literatura de provincia; y el otro, a la literatura gay, en la que Antonio Marquet nos ayudó especialmente.

Después, a fines de 1997, Severino publicó sus *Cuentos de Navidad* con Daga editores, apegados a los cánones de este género; y en 1998 apareció un volumen titulado, *Tres noveletas de amor imposible*, publicado por la UAM-A, en la Serie Literatura de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, en donde se reúnen *Llorar frente al espejo*, *La arquera loca* y *La provincia de los santos*. Esta última, la más reciente, es una sabrosísima parodia de la política cultural de nuestro país, estructurada a base de cartas, y en donde destaca la célebre presencia de Octavio Paz, convertido en obispo y dirigiendo los destinos de la cultura nacional, pues la obra se ubica en el siglo XVIII, en Zacatecas.

En la serie mencionada apareció publicado en el año 2000, *Quince cuentos de Navidad*. Ya para entonces tenía una novela casi terminada que en el 2001 fue publicada por Plaza y Janés: *¡Pájaro*,

vuelve a tu jaula!, una hermosa novela de tema infantil, en la que unos niños emprenden un viaje utópico en busca de un tesoro. En realidad es una metáfora de la búsqueda existencial en la que, de pronto, se revela lo esencial en lo más sencillo, lo más simple. Mientras tanto, los cuentos seguían apareciendo en periódicos y revistas. Siento un especial cariño por “Libro corazón”, un homenaje a la lectura y a la literatura; “Un regalo de Navidad”, una de tantas formas de encontrar el sentido de la vida; “Globos en forma de corazón”, una metáfora de la vida conyugal; y “Los guajolotes de Navidad”, la nostalgia por el paraíso perdido, el campo, en la gran ciudad. Algunos aparecieron en el volumen titulado *Los cuentos de Tepetongo*, editado en el 2002 por la UNAM, y en *Mecanismos de luz y otras iluminaciones*, publicado por Ficticia en el 2004.

Ahora que lo pienso, son cuatro los verbos que rigieron la vida de mi amigo, leer, escribir, conversar y escuchar, todos relacionados con la palabra. Severino, además, era un lector de catedrales, de iglesias, siempre sabía a qué santo estaban dedicadas y cómo había sido su vida, a menudo citaba *La leyenda dorada*, libro acuciosamente visitado por él. También sabía cuál era el estilo del edificio y cómo había cambiado a lo largo de los siglos, lo mismo ocurría con los antiguos palacios coloniales. Todo lo leía, lo interpretaba y lo compartía a través de su conversación. Era una delicia escucharlo. Tenía una especial fascinación por el centro de esta ciudad. Lo caminaba con cualquier pretexto, él todavía iba al centro y no al *mall*, se mandaba a hacer los lentes en la Lux de Madero, por ejemplo. Sólo ahora entiendo que esta preferencia se debía a que esta zona colonial era la única cercana a Zacatecas, pues Seve siempre tuvo un pie aquí y el otro allá. Sus citas con amigos o de trabajo siempre eran en el Sanborns de los azulejos, el Cardenal, el Mesón del Pibe, el Palacio, la Cucaracha, el Hórreo.

Precisamente ahí, en el Hórreo, una tarde de septiembre del 2002, a su regreso de un largo viaje por Europa y Portugal –durante el cual escribió su última novela, no editada todavía–, me dijo: “Tengo cáncer, no quiero opiniones ni comentarios”. Así de contundente. Callada, fui testigo de su lucha contra esta enfermedad, de su coraje para no rendirse, de su voluntad para no faltar ni un solo día a sus clases, a pesar de los dolores que día a día iban en aumento.

Severino dejó la UAM-A antes de iniciar el segundo trimestre del año escolar del 2005. No quería que sus amigos lo vieran con una salud tan quebrantada. Un día, gracias a Izrae Trujillo, me armé de valor, toqué a su puerta y lo vi. Conversamos muy poco, pero antes

de irme, me dijo: “Mete la mano en ese cajón”, se refería a una caja de cartón, así lo hice y saqué de ahí la tercera edición de *Donde deben estar las catedrales* (Mondadori 2005), su primera novela, la premiada. Ante la imposibilidad del momento, le dije: “Luego me la dedicas”. El ciclo estaba por cerrarse: ya no hubo después. Severino Salazar murió en los primeros minutos del día 7 de agosto del 2005. Han pasado siete años desde que mi entrañable amigo se fue, pero a mí todavía me hace falta. En estos momentos sus libros me rodean: claro que son un consuelo, pero ¿y su risa, su mirada...?